

# Catolicismo y ciencia moderna

**LUIS CORSI OTALORA**  
**Profesor**  
**Universidad Nacional de Colombia**

**Pag. 62 — 64**  
**Ingeniería e Investigación**  
**Volumen 3 N° 2**  
**Trimestre 1 — 1985**

En un trabajo anterior fue posible mostrar lo aleatorio de las bases científicas del materialismo<sup>1</sup>. Ante ciertas inquietudes resulta indispensable confrontar la actitud de la iglesia católica frente al mismo tema; las presentes líneas aspiran a ser tan solo un esbozo al respecto.

Como es bien sabido, en el seno de la iglesia católica se ha enquistado arraigado complejo que lleva a la formulación de un presunto antagonismo entre religión y ciencia, tan solo superable a través de un duro acto de fe.

Esta situación hunde sus raíces en el conocido "*Juicio a Galileo*". A través de su amplificación publicitaria podría creerse que solo el catolicismo "pecó" contra la ciencia; poco se habla de que los protestantes, con Lutero y Calvino a la cabeza, fueron los primeros en atacarlo virulentamente; y si lo hubiesen tenido entre las manos, habría terminado en la hoguera, con Miguel Servet, el descubridor de la circulación de la sangre.

Alguien nota: producto de los "fanatismos" religiosos. También se olvida que los cultores de la "diosa razón" guillotinaron al célebre químico Lavoisier durante la Revolución Francesa proclamando "La Revolución no necesita sabios" no fué ni el primero ni el último caso.

Sin embargo, no se trata de un mutuo enrostrarse de culpas. Sin entrar a los aspectos jurídicos del juicio a Galileo resulta importante subrayar por ahora, y con todo el énfasis posible, que el Tribunal de la Santa Inquisición no pedía a Galileo el renunciar a sus tesis sobre el giro de la tierra alrededor de un sol "*fijo*" sino el que las presentara en tanto que "*plausible hipótesis científica*" a lo cual se negó solicitando paradójicamente que le probaran lo contrario.

Ante semejante actitud hoy es posible expresar con Henri de Montherlant que los inquisidores estaban más cerca de la ciencia moderna que el propio Galileo; actualmente ningún científico serio cree que cada teoría representa el universo tal cual. Se trata tan sólo de "Hipótesis Explicativas" en gran parte elaboradas a través de "Convenciones de lenguaje" que rápidamente han sido y serán desplazadas, como las Sombras de la Caverna de Platón ya lo había subrayado San Agustín en conceptos

memorables que deberían resonar constantemente en la conciencia defensiva de los católicos.

Pero, además de esta generalizante conclusión de la ciencia contemporánea resulta indispensable subrayar lo frágil de la posición de Galileo, calificado por un gran físico y filósofo actual como lo es Thomas Kuhn, de tan solo propagandista de Copérnico<sup>2</sup>. No obstante, de su propia cosecha agregó como prueba fundamental a las tesis de Copérnico una teoría de las mareas que llegaba a asegurar el que sólo existía una de estas por día, cuando todos los romanos y terrícolas de ayer y hoy saben de dos de ellas; no existe ningún argumento que lleve a aceptar los errores de un científico, por eminente que sea, como lo fue Galileo en otros campos, pues en Astronomía llegó hasta rechazar por alocadas las leyes de Kepler, eje de su concepción actual.

Además la tesis de que el sol permanecía fijo en el centro del universo también demostró ser falsa; él también se mueve, revelando ser tan solo una estrella dentro de las galaxias. Y puesto que Newton formuló posteriormente la infinitud del espacio, rápidamente pudo señalarse que el infinito carece de centro; entonces, lo mismo da tomar como punto de referencia para los cálculos el sol o la tierra, una teoría de la relatividad bien conocida antes de Einstein, pero actualizada por éste y muy bien aplicada al caso de Galileo por el célebre aunque poco comentado físico y filósofo católico Pierre Duhem, a principios del siglo XX.

Será tan cierto esto que hoy en día en todas las universidades se sigue enseñando la Topografía y la Náutica considerando a la tierra fija e inmóvil en el centro del universo "visible"; por ser más útil esta hipótesis. De ahí que pueda entenderse el atractivo y fortaleza que presentara para los contemporáneos de Galileo.

Ahora bien, no solo a los católicos sirven los principios relativistas de la física para quitarse sus complejos de inferioridad sino que abren las puertas a otros análisis aún más sorprendentes acerca de las "apariencias" de la ciencia.

En efecto, si la Física de Newton permitió a Laplace afirmar que no necesitaba de la "Hipótesis — Dios" para efectuar sus cálculos, hoy la *Física Cuántica* le ha dejado sin datos para sus presuntuosas tesis, pues una de sus mayores figuras, tal vez la más alta, Werner Heisenberg, demostró que a nivel de la física atómica no había certidumbre sino tan solo probabilidad estadística en las medidas; lo cual también llenó de ira a un Einstein que estaba buscando la ecuación que llamaban Dios. En vez de tal fórmula se manifestaba el propio Dios, pues si tan solo es posible tratar datos estadísticos, alguien tiene que estar moviendo el mundo.

Por otra parte, y como si fuera poco, el mismo Heisenberg se burla de los físicos que quieren encontrar ya no el átomo sino la partícula indivisible, concuyendo que es preciso abandonar hasta ese léxico de "dividir", buscando retornar a las

categorías fundamentales platónicas de "simetría"<sup>3</sup>. Resulta imposible no recordar que en el *Eclesiastes* puede leerse: "Al considerar la obra de Dios en conjunto comprobé que no se puede descubrir el sentido de lo que se hace bajo el sol y aunque el hombre se afane mucho en buscarlo, nunca lo encontrará. Y aunque el sabio piense que lo sabe, no puede descubrirlo" (E-8-17), "tampoco puedes conocer la obra de Dios que todo lo dirige" (E-11-5).

Esto lleva a la vez a la obra de Dios. En el propio comienzo de la Sagrada Biblia se expresa: "Dijo Dios: 'Haya Luz', y hubo luz. Dios vió que la luz era buena y la separó de las tinieblas. Dios llamó a la luz 'Día' y a las tinieblas 'Noche'. Y atardeció y amaneció el día primero. Dijo Dios: 'Haya un firmamento en medio de las aguas y que separe unas aguas de otras'. Hizo Dios entonces el firmamento separando a unas aguas de otras, las que estaban encima del firmamento de las que estaban debajo de él". (Génesis 1).

Aca se halla el camino de la verdad científica. En la admirable Edad Media Robert Grosseteste y varios franciscanos estudiaron la "Metafísica de la Luz" y la aplicaron a la explicación de los fenómenos naturales; los petulantes laboratoristas de los siglos XIX y XX hablaron de "desviaciones místicas".

Sin embargo, a partir de 1900 Max Planck descubrió que los cuerpos se descomponían naturalmente a través de la emisión de luz, de "quantos" de luz; es decir, la materia se compone de luz. Al investigar la naturaleza de la luz, los mismos físicos cuánticos encontraron era de naturaleza vibratoria, sin hoy saberse qué es lo que vibra, aunque esas mismas vibraciones, con otra frecuencia, se manifiestan en los fenómenos electro-magnéticos y en la energía.

Además hacia 1930 P. Dirac descubrió que el universo está construido sobre una yuxtaposición de dos tipos de energías, una positiva y otra negativa, sin que se pueda saber por qué prima la positiva; sobra evocar la división de las aguas acabada de citar. No obstante queda aquello de encima y debajo del firmamento; podría preguntarse con Newton qué está por encima o por debajo del infinito.

Muy a su pesar la respuesta la dio Einstein. El espacio es curvo; y si es curvo, se cierra sobre sí mismo, es decir, es finito. A semejanza de los "primitivos" que creían a la tierra asentada sobre una gran tortuga, los sabios de hoy se preguntan qué se encuentra después del espacio.

Finalmente, puesto que, otra vez con Heisenberg, se recuerda que ante la imposibilidad de medir la realidad de la conformación de los fenómenos atómicos es preciso apelar a complicadas ecuaciones diferenciales probabilísticas, resulta que lo habitualmente denominado electrón o protón aparece tan solo como una palabra; es decir, para nosotros el universo está constituido de palabras. Por esto podrá concluirse con otro físico atómico, Jean Charon<sup>5</sup> que nuestro conocimiento es Verbo, Palabra; es decir: "En el comienzo era el Verbo".

1. Luis Corsi Otálora. **¿Es ciencia el materialismo?** Universidad Gran Colombia, Bogotá, 1982.
2. Thomas Huhn. **La revolución copernicana**. Ed. Ariel, Barcelona, 1978.
3. Werner Heisenberg. **Conversaciones con Einstein y otros ensayos**. Alianza Editorial, Madrid, 1980.
4. Jean Charon. **L'homme et l'univers**. Ed. Albin Michel, París, 1974.